

# NO DEBEN LADRAR LOS PERROS

Esa noche fue maravillosa.

La cena salió perfecta. No hubo más hermanos al costado, solo nuestros papás, tú y yo.

Éramos muy pequeños. Un mes atrás tuvimos nuestra primera vez en un bungalow. Juntos perdimos la inocencia antes de tiempo, nos desfloramos experimentando el incondicional, puro y desinteresado amor de dos niños. Luego de eso no contestaste mis llamadas y aunque te estuve buscando por todos los medios no te había visto ni había sabido nada de ti. Yo tenía la corazonada de que tu mamá se enteró de lo nuestro y te prohibió hablarme, probablemente porque lo vio como un terrible incesto. Los grandes no entendían que el amor no tiene ni fronteras ni barreras. Pero esa noche nos volveríamos a ver.

Todo fue muy romántico, llegué con mis papás a la casa del tío, saludé a los grandes y de pronto estabas frente a mí.

Una mirada penetrante y llena de sentimientos dice más que mil palabras. El beso delicioso. La caricia de manos como jugando a agarrarnos las manos y mi cortesía y caballerosidad de siempre de besar tu bella y noble mano. El “¿cómo estás?” es obligatorio, aunque no esas sonrisas que dejan entrever ojos vidriosos llenos de amor y pasión.

Para asegurarnos de que nadie nos viera, nos fuimos al enorme y hermoso jardín. Te pusiste triste y me abrazaste fuerte, me diste un apasionado beso en la boca y luego, con caricias en mi rostro me dijiste que te ibas a ir a España a vivir con tu mamá y que no regresarías a verme en años. Te entendí, pensando triste lo que aquello podría significar y en silencio nos miramos a los ojos. Te dije, “te quiero, te voy a extrañar”, me abrazaste más fuerte y lloraste con unos de esos suspiros que se quiebran en la garganta por el llanto en las niñas más tiernas y delicadas.

Nos quedamos sentados en el escalón del jardín abrazados y acariciándonos. Quizá comprendiendo nuestra tristeza, se acercaron los dos perros dálmatas del tío, nos mimaron y les hicimos cariño. Uno era hembra y el otro macho. Tú me contaste que eran novios y que debíamos casarlos, hacerles toda una ceremonia católica.

Fuimos a cenar. Uno frente al otro, todo muy romántico. Chocábamos las copas de jugo de naranja como si fueran copas de vino. Nos mirábamos, guiñábamos los ojos, sonreíamos a cada rato. Debajo de la mesa me acariciabas la pierna con tus dulces pies.

Todo salió perfecto. Todo fue muy hermoso. Luciste esplendorosa. Estuviste maravillosa. No obstante, todo tiene su final y debíamos despedirnos.

Nos quedamos largo rato mirándonos fijamente a los ojos con mucha tristeza, las palabras sobraban pero bastó con un “te quiero mucho, te voy a extrañar”. Mientras me abrazabas te acariciaba el pelo, me separaste, te cogí del hombro con un “no llores más” y sequé tus lágrimas dulces de tu rostro cuando mis lágrimas saladas nunca brotaron.

Antes del beso y el adiós, me sorprendiste contándome que había algo que querías decirme: “esta noche voy a quedarme a dormir en la casa del tío”; yo, “¿acá?”; tú me respondiste, “sí, ahora te toca a ti sorprenderme, pero eso sí, nadie debe darse cuenta ah, estoy quedándome en el cuarto de huéspedes”. Yo te prometí que haría todo lo posible por visitarte más tarde cuando todos se hayan ido.

Felizmente vivía cerca de la casa del tío. Apenas llegué con mis papás a mi casa les dije que me iría a dormir pero cerré la puerta de mi habitación y salí y me subí en mi bicicleta hacia la casa del tío, hasta que llegué.

Parado afuera de la enorme y hermosa casa me dije que nadie debía enterarse, ni tu mamá ni el tío. No podía tocar la puerta, debía trepar el muro por la enredadera. No debía hacer ni el menor ruido, los perros no debían ladrar.

Trepé la pared por la enredadera y los dálmatas corrieron hacia mí pero nunca ladraron, vinieron a hacerme cariño, a olfatearme, lamerme, moverme la colita, bailar a mi alrededor. Corrí furtivamente por el jardín, me escabullí por entre los arbustos como tu amante bandido. Arranqué una rosa de un rosal espinoso. Toqué levemente la ventana, abriste las cortinas, abriste la ventana y me susurraste “pasa rápido”. Salté y entré a tu habitación. “No creía que vendrías” me gritaste sorprendida y agitada. Yo te regalé la rosa y tú me agradeciste con un beso desesperado.

Estabas en lencería fina. Me besaste furtivamente. Me desnudabas y te acariciaba mientras nos besábamos. El nuestro era un amor secreto, un amor prohibido, el más hermoso. Era el amor de nuestras vidas. Éramos unos niños. Amantes de sangre. Amor indebido. Nuestra segunda vez fue tan hermosa como la primera ¡Cuánto nos amamos! ¡Qué hermoso fue!

Entonces allí estábamos los dos desnudos en la cama, enredados nuestros cuerpos entre saliva, sudor, líquidos corporales y palabras de amor. Tu piel suave, blanca y tersa. Senos que disfruto ir tocando por su forma perfecta con la punta de mi dedo índice. Tus pezones puntiagudos. Tu sexo. Tus hermosos y pequeños pies. Tus piernas voluptuosas abiertas cobijándome. Tu cintura breve que amo tener entre mis manos. Todo fue inolvidable. Desde entonces, en todas mis noches has regresado, por mi mente, otra vez repitiendo esos bellos momentos.

Luego de hacer el amor conversamos algún rato. Me contaste que esa tarde al tío lo visitó un amigo suyo, que según tu mamá era Nazi, y estuvieron jugando ajedrez en la biblioteca. Cuando se fue, el tío se quedó toda la tarde tocando en el piano de cola de la sala música bella. También me dijiste que debíamos casar la pareja de novios porque pronto tendrán hijitos, un montón de cachorritos dálmatas.

“Ya es tarde, tienes que irte que nos van a descubrir”, me dijiste mientras me acariciabas el rostro con tus manos húmedas de amor. Mientras me vestía, desnuda te tocabas el cuello y el pecho y te tapabas con las sábanas.

Finalmente, te clavé la mirada en esos bellos ojos melancólicos, te dije “te voy a extrañar mucho, espero volver a verte pronto aunque te estés yendo a otro continente porque no voy a poder vivir sin ti”. No te dije más pues no podía prever que no te volvería a ver en más de diez años.

Te quise mucho, te amé como a nadie en el mundo. Esos más de diez años fueron siglos y siglos en los que no pasó ni una sola mañana en que no haya pensado en ti. Tu recuerdo todavía me excita como el primer día, como si aún te tuviera frente a mí.

Tú, más visionaria, dando cabida a la posibilidad de que pasara una eternidad antes de que nos volviéramos a encontrar me dijiste, nunca sin cierto melodrama, “que seas muy feliz”. Yo no podía vislumbrar que esa podía ser nuestra última cena.

Antes de saltar por la ventana nos besamos los labios por última vez y mirándonos me dijiste “cuidado que vayan a ladrar los perros”, yo te respondí “no te preocupes”. Salté y luego por la ventana, un beso y un adiós, “te quiero mucho Mauricio” balbuceaste para ti en silencio mientras una lágrima corría por tu mejilla reflejándome aquella gota como un espejo a mí corriendo por los rosales espinosos, escabulléndome por entre los arbustos, trepando el muro por la enredadera y alejándome por muchos años lejos de ti.



**M**auricio **d**el **C**ampo  
19 de septiembre del 2009

Mauricio  
del Campo Robinson